

## CAPÍTULO QUINTO

### CAMBIO *VERSUS* TRADICIÓN. ESTADOS UNIDOS EN GUATEMALA: PROTEGER LA “INTEGRIDAD IDEOLÓGICA” *AMERICANA*

El intento de empujar a una sociedad  
en una determinada dirección va a  
provocar que se mueva muy bien,  
pero en dirección opuesta

Albert O. HIRSCHMAN<sup>397</sup>

#### I. INTRODUCCIÓN

En este capítulo se explica cómo se preparó el terreno ideológico para el predominio de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Como actor principal en el escenario interamericano, Washington estaba más cómodo actuando como *America* (la hegemonía consumada) que como Estados Unidos (la república moderna). Éste fue el comienzo de una metonimia que tuvo lugar en el proceso de construcción de la política exterior en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial.<sup>398</sup> Como ya se ha visto, esto ocurrió simultáneamente y como consecuencia del ímpetu de dominación de Estados Unidos en el siglo XX, el cual resultó en una obsesiva extrapolación de su identidad nacional para subsumir la del continente. Es signifi-

397 “The attempt to push society in a certain direction will result in its moving all right but in the opposite direction”. Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1991, p. 11.

398 Voy a argumentar que aquí hay una secuencia causal, es decir, la metonimia *vis-à-vis* las acciones de política exterior. Como se explicará más adelante, una acción política *prima facie* presupone una formulación verbal de política exterior de modo que una vez que se desvinculan las palabras y los hechos, las palabras tienen prioridad, tanto temporalmente como en el sentido de que un pronunciamiento que lleva a sus efectos se ha logrado.

cativo que estos efectos fueran aún más evidentes en el contexto del clima de la Guerra Fría de los cincuenta y en el marco de los cambios sociopolíticos instituidos en Guatemala. Estados Unidos respondió a estos cambios con un marco ideológico que legitimó su intervención. En este capítulo se prepara el camino para evaluar las percepciones de la amenaza soviética a la seguridad regional de Estados Unidos, y para arribar al análisis de la *naturaleza* de la intervención en el estudio de caso de Guatemala.

## II. ESTADOS UNIDOS *VERSUS* AMÉRICA: UNA MODERNIDAD CONFUSA

La época que siguió a la “política del buen vecino” del presidente Roosevelt (el segundo periodo de la posguerra, la era nuclear) estableció nuevas (y mucho más peligrosas) condiciones para la posición táctica de Estados Unidos hacia América Latina. Por una parte, éstos fueron los años de la intemperancia bipolar de la Guerra Fría y de un recomienzo del nuevo poderío de Washington en toda la región; fueron los tiempos de la presidencia de Eisenhower, cuya política exterior se veía amenazada (en lo que a América Latina se refiere) por la omnipresencia de la sombra de Roosevelt. Por el contrario, se suponía que la presidencia de Eisenhower iba a asegurar al pueblo estadounidense un nuevo orden de posguerra que consolidara su dominación, tanto en el mundo como en su esfera natural de influencia.<sup>399</sup> Éstos fueron también los años en que el macartismo alcanzó su ofensiva más crítica contra la estabilidad institucional de su país, misma que inevitablemente se extendió al proceso de construcción de la política exterior.

La mención de un solo juicio contemporáneo decisivo, el caso Alger Hiss, puede ilustrar la histeria de la Guerra Fría que alimentó McCarthy. Desde luego que este es un tema en donde 1) la verdad es inherentemente difícil de establecer para los historiadores, 2) hay puntos de vista radicalmente opuestos y 3) existe desinformación y giros políticos en ambos lados. Aun así, dado que este caso fue realmente un tema dominante dentro

399 Los dos mejores relatos de la presidencia de Eisenhower y la política exterior están en Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: The President, 1952-1969*, Londres, Allen & Unwin, 1984, vol. 2 y del mismo autor, *Ike's Spies: Eisenhower and the Espionage Establishment*, Garden City, Doubleday, 1981. Sobre la política exterior y el anticomunismo de Eisenhower véase Cook, *The Declassified Eisenhower, cit.*, nota 205; Robert Divine, *Eisenhower and the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 1981; Rabe, *op. cit.*, nota 22.

del debate sociopolítico de Estados Unidos, insisto en la importancia que tuvo, en especial para las decisiones políticas subsecuentes de John Foster Dulles. Supuestamente Hiss fue miembro de una conspiración comunista que operó dentro de las filas del gobierno, en donde era funcionario del Departamento de Estado, y fue llamado a testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes. Lo que hace relevante este caso es que hubo motivaciones paralelas relacionadas con políticas internas de partido: la necesidad de Dulles de purgar el Departamento de Estado, que estaba entonces bajo la fuerte influencia de los demócratas. Desde esta perspectiva, se puede considerar a Hiss como víctima de esta maniobra. Ambrose afirma que:

Dulles difícilmente necesitaba de algún estímulo, ya que tenía sus propias razones para hacer una purga. Cada oficial mayor en el Servicio Exterior era un demócrata en potencia, la mayoría eran culpables de devoción personal hacia [Dean] Acheson y les desagradaba Dulles... Nada (Dulles lo sabía) iba a agrandar a la vieja guardia más que sus hombres de batalla, a quienes Acheson había defendido de McCarthy... Además, Dulles debía probar su propio entusiasmo anticomunista. El muerto en su *closet*, del que estaba temerosamente consciente, era el hecho de que se había ratificado a Alger Hiss como director de la Fundación Carnegie a la vez que se había ofrecido a declarar a favor de Hiss durante el juicio que le siguió. Así Dulles, actuando bajo órdenes de Eisenhower, hizo de la purga su primera prioridad. El 23 de enero [de 1953] Dulles envió una carta a 16,500 miembros del personal del Departamento de Estado demandando "lealtad positiva" a la nueva administración.<sup>400</sup>

La conquista de una "lealtad positiva" y la recuperación del consenso dentro del sistema político interno y externo parecían estrategias de Estado bien concebidas, que capitalizaban un poco pragmáticamente la ofensiva de McCarthy. Aun así, la administración de Eisenhower tuvo pro-

<sup>400</sup> Ambrose, *Eisenhower: The President, 1952-1969*, *cit.*, nota 399, pp. 64, 83. Antes de ser sentenciado a cinco años de prisión por perjurio, Hiss tuvo posiciones prominentes durante las administraciones de Roosevelt. Había estado en Yalta con éste y fue una de las personalidades más importantes del Nuevo Trato, uno de los rostros de la Ivy League de aquellos años. Estuvo junto a Roosevelt cuando éste inauguró las Naciones Unidas. Acheson, secretario de Estado durante la presidencia de Truman, se opuso y atacó las premisas básicas del *new look* de la política exterior de Eisenhower. En particular fue muy crítico de la política de la "represalia" (*retaliation*). Véase Dean Acheson, "Acheson Speaks Out against «Retaliation» Policy", *US News & World Report*, 9 de abril de 1954, pp. 81-83.

blemas considerables en equilibrar su propio interés político con la amenaza que McCarthy presentaba ante el ambiente político. Como ejemplo, se puede considerar la confrontación entre Eisenhower y McCarthy luego de que éste comenzó a investigar la “infiltración comunista” en el ejército: “Este tipo, McCarthy (dijo Eisenhower) se va a meter en problemas con esto. Yo no voy a tomar esto a la ligera... Es ambicioso. Quiere ser presidente. Pero es el último tipo en todo el mundo que va a llegar ahí, si es que algo tengo que decir”.<sup>401</sup> Cuando la Casa Blanca y otros empleados federales fueron citados a comparecer, Eisenhower condenó la “total arrogancia de McCarthy” declarando: “Esto no lleva a nada más que a la subversión al por mayor del servicio público... McCarthy está tratando deliberadamente de sublevar a la gente que tenemos en el gobierno. Creo que éste es el acto más desleal que alguien haya realizado en el gobierno de Estados Unidos”.<sup>402</sup>

### III. UNA NACIÓN DIVIDIDA

Lo anterior fue uno entre muchos incidentes complejos, expresiones de un clima de disgusto que caló en la política de Estados Unidos. Aunque esto representó el principio del fin para McCarthy y sus agresivas políticas, en lo que respecta a Eisenhower se puede detectar un punto de inflexión en el nivel del Estado durante este periodo, de modo que los acerbos ataques de McCarthy hacia las libertades civiles dejaron profundas heridas en el proceso sociocultural interno de Estados Unidos, como se ve en el caso Hiss, y en el espectro de la política exterior, como lo indica el desacuerdo de Acheson: “Ésta fue una generación enjuiciada y una nación dividida”, señala Geoffrey Wheatcroft.<sup>403</sup>

401 Ambrose, *Eisenhower: The President, 1952-1969*, cit., nota 399, p. 162.

402 *Ibidem*, pp 187-189.

403 Véase Geoffrey Wheatcroft, “Boo, Hiss”, *The Guardian*, 6 de agosto de 1998, G 2, 8, 9. Wheatcroft se está refiriendo al libro escrito sobre el tema por Alistair Cooke, corresponsal estadounidense del *Manchester Guardian*. El libro de Cooke fue uno de los primeros y más vívidos testimonios de un observador directo del episodio Hiss —véase Cooke, *A Generation on Trial: USA v. Alger Hiss*, Londres, Soho Square, 1950—. Desde el inicio del caso Hiss, un joven republicano jugó un papel destacado, como recuerda en uno de sus últimos relatos. Richard Nixon, futuro vicepresidente de Eisenhower, era en esa época un joven representante en el Congreso de Estados Unidos. Como miembro del Comité de la Cámara de Representantes sobre Actividades Antiamericanas, Nixon claramente identi-

La turbulencia de la Guerra Fría también se vio reflejada en el descontento que provocó Guatemala entre los responsables de la política exterior en Latinoamérica, lo cual se expresaría en la Conferencia de Caracas el 18 de marzo de 1954. Esta Conferencia fue útil para Estados Unidos al crear un clima adverso al reformismo en Guatemala.<sup>404</sup> Durante la misma (tomando ventaja de un notorio espíritu monroísta revivido), los discursos cuidadosamente redactados por Dulles tenían como objetivo construir un consenso entre las delegaciones latinoamericanas, con el fin de obtener una declaración colectiva contra la “intervención extranjera” (comunista) en el hemisferio. Esto representó la última etapa de la caída del régimen de Jacobo Arbenz y la Revolución de Octubre.

#### IV. “AMÉRICA” COMO PARADIGMA MUNDIAL MODERNO: CAMBIO *VERSUS* TRADICIÓN

Esta etapa fue tal vez el momento del periodo de la posguerra en que el espíritu del “americanismo” para la defensa de los “intereses americanos” alcanzó su apogeo, mientras que, internamente, los fuertes sentimientos antisoviéticos constituyeron la principal fuerza conductora de la hegemonía estadounidense. Este momento representó también la oportunidad de reforzar una política en donde el “buen americanismo” y un espíritu de fu-

có al caso Hiss como la mina de oro que necesitaba para impulsar su carrera política: éste le dio a él y a otros políticos ambiciosos una licencia para usar la *vigilancia* como un arma política; en efecto, el controversial asunto Hiss demostró ser útil como víctima de Nixon para lograr este propósito. Véase la descripción del caso Hiss en Richard M. Nixon, *Six Crises*, Londres, W.H. Allen, 1962, pp. 1-71. Cooke subraya que el caso Hiss “trajo de vuelta el odioso comercio del informador público. Dio al FBI un poder sin paralelo para inquirir en las vidas privadas, que en las manos de un hombre menos escrupuloso que el jefe actual podía abrir para generaciones de malhechores una casa oficial de venta de chantaje al mayoreo. Tendió a producir ovejas conformistas y a limitar por medio de la intimidación lo que ninguna sociedad occidental que merezca el nombre podía limitar sin tener consecuencias: la curiosidad y el idealismo de sus jóvenes”. Véase Cooke, *A Generation on Trial: USA v. Alger Hiss*, citado en esta misma nota, p. 340; y sobre el papel de Nixon durante el juicio, véase *ibidem*, pp. 53, 55, 59, 71-81.

404 La Conferencia de Caracas de la OEA tuvo lugar en marzo de 1954. Fue un instrumento para que Washington obtuviera el consenso de la comunidad interamericana para imponer la solución de Estados Unidos al problema de Guatemala, y por tanto, para el derrocamiento de Arbenz.

turas conquistadas en todo el mundo eran pilares esenciales para una política exterior consensuada. El “buen americanismo”, de acuerdo con Eisenhower (ensalzando una política exterior fuerte), significaba que “ninguna responsabilidad individual (no partido político) quería dañar a América”. Por lo tanto, al apuntar que “el único partido traidor que tenemos es el Partido Comunista”, estaba proponiendo que “no importa cuán profundas puedan ser nuestras diferencias en otros campos; en éste *todos somos americanos, nada más*”.<sup>405</sup>

Desde esta perspectiva (en contraste con los creadores de política contemporáneos, como Dean Acheson o Adlai Stevenson), Dulles, con su cruda exposición de represalia, se había erigido a sí mismo en la ridícula conciencia del sistema de política exterior, para la “confusión, consternación y desconfianza” pública, como apuntó Townsend Hoopes.<sup>406</sup> El hecho de que éstos fueran los años dorados de la hegemonía de mitad de siglo, bajo la dirección de Eisenhower, facilitó el despliegue del argumento del interés público en la cruzada ideológica. Si bien esta política tenía una dudosa esencia democrática, la necesidad de proteger la seguridad fue central. En este caso, los “intereses de seguridad” significaban la preservación del área de influencia natural de Estados Unidos, lo cual comprendía, antes que nada, la defensa del derecho (ideológico) de imponer *nociones discursivas* de progreso, modernidad y civilización (con frecuencia a expensas del orden).<sup>407</sup> Por tanto, lo económico (como extrapolación de lo ideológico) permanecía como la incipiente y máxima

405 DOSB, “Principles of US Foreign Policy” (dirigido por el presidente) 31, núm. 794, 13 de septiembre de 1954, p. 362 (cursivas mías). Nótese la coincidencia de Eisenhower con los primeros juicios de Kennan sobre el carácter “traicionero” del comunismo soviético.

406 Hoopes, Townsend, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, núm. 13, invierno de 1973-1974, p. 169. Véase también la biografía de Dulles: Hoopes, Townsend, *The Devil and John Foster Dulles*, Londres, Andre Deutsch, 1974. Además de ser su biógrafo, Hoopes fue uno de los más severos críticos de Dulles.

407 Un comentario del historiador mexicano Edmundo O’Gorman sobre la civilización que subraya la diferencia entre el mundo anglosajón y el hispano y, hasta cierto punto, la expansión subsecuente del orden colonial, parece relevante: “Finalmente ocurrió lo que algún día tenía que ocurrir: las colonias iberoamericanas —flores en el vivero del tradicionalismo— una vez que fueron responsables de su propio destino entraron de lleno en el gran conflicto del que nacieron (el conflicto de civilización anglo-hispano), pero del cual se habían sustraído durante tres siglos de aislamiento”. Véase O’Gorman, *México: el trauma de su historia*, México, UNAM, 1977, pp. 20 y 21.

preocupación para la política de Estados Unidos en la región de Centroamérica (la *teología de la seguridad*).<sup>408</sup>

*Las prioridades en América Latina: defender la "integridad ideológica"*

Las prioridades económicas, si bien efectivamente dominantes en la definición de políticas, no eran predominantes en la consecución de resultados. Eran un producto, no una causa, de una inquietud principalmente geoestratégica (sin la cual no se hubiera obtenido la seguridad del interés económico). Este cálculo geopolítico concebía la *integridad ideológica* del orden político latinoamericano (y como resultado, la subsistencia del *statu quo*) como el principal interés en la formulación de política exterior.<sup>409</sup> De este modo, cualquier alteración de la naturaleza del régimen político de los países subordinados aparecía como inaceptable para Estados Unidos, cuya reacción más común era la intervención.<sup>410</sup> De aquí se deriva la si-

408 Véase el capítulo primero. Para una crítica de este principio de seguridad véase Bergquist, Charles, *Labor and the Course of American Democracy: US History in Latin American Perspective*, Londres, Verso, 1966.

409 Un fuerte elemento de *proteccionismo ideológico* siempre ha estado presente en el discurso de política exterior estadounidense en general, y en particular con América Latina. Ejemplos relevantes de primera mano de esta política son: *DOSB*, "Principles of US...", *cit.*, nota 405, pp. 359-362; *DOSB*, "Partnership for Peace" (dirigido por el secretario Dulles) 31, núm. 797, 4 de octubre de 1954, pp. 471-477; *DOSB*, "The Organization of American States and the United Nations: Rivals or Partners?" 31, núm. 787, 26 de julio de 1954, pp. 115-118; *DOSB*, "Inter-American Cooperation and Hemispheric Solidarity" 29, núm. 748, 26 de octubre de 1953, pp. 554-559; *DOSB*, "United States-Latin American Relations" (informe al presidente por Milton S. Eisenhower) 29, núm. 752, 23 de noviembre de 1953, pp. 695-717; *DOSB*, "Organizing Security in the Americas" 30, núm. 779, 31 de mayo de 1954, pp. 830-835; *DOSB*, "Maintaining Free World Unity" (dirigido por el secretario Dulles) 30, núm. 781, 14 de junio de 1954, pp. 921-925; *DOSB*, "A Standard for Americans" (dirigido por el presidente) 29, núm. 747, 19 de octubre de 1953, pp. 507-517.

410 Tal *naturaleza* se entiende como la *naturaleza* del Estado y fue nutrida por los gobiernos locales que tenían: 1) un discurso y una acción política interna pro Estados Unidos-Occidente; 2) como resultado del tipo de antisovietismo y anticomunismo estadounidense; 3) un modelo capitalista servil pro Estados Unidos, que a pesar de la nacionalización trabajaba hacia la integración capitalista; 4) una política agresiva contra la subversión, estando generalmente asociada con el "antiamericanismo" y 5) la afinidad de compartir principios esenciales sobre la defensa de la *integridad hemisférica* entendida como la defensa de la seguridad nacional de Estados Unidos.

guiente formulación para entender la preeminencia de lo ideológico sobre lo económico en el contexto de la Guerra Fría:

- 1) Estados Unidos = *America*.
- 2) Política de poder *vs.* balance de poder = seguridad.
- 3) Política de seguridad = protección de la atmósfera política *vis-à-vis* la amenaza soviética.
- 4) Intervención y seguridad en América Latina obtenida *versus* fundamentos de la democracia liberal.
- 5) *America* contra Estados Unidos: caos regional hegemónico impuesto.

Como ya he explicado, la intervención dentro de la esfera interamericana ha tenido un único rasgo: está asociada con los gestos y los hábitos particulares del *hegemon*. Por un lado, por medio de Estados Unidos hemos introducido el concepto de orden y balance de poder.<sup>411</sup> Por el otro, siempre ha existido una atmósfera latente de desorden y caos en la interacción que tiene lugar entre ese país y algunos Estados considerados como hostiles a los intereses “americanos”. Por lo tanto, tomando en cuenta que el mundo imaginado y construido después de la Segunda Guerra Mundial, en sí mismo limitado dentro de las fronteras históricas impuestas por la atmósfera de la Guerra Fría, es la razón por la cual es plausible discutir que el orden de la posguerra tenía imperfecciones estructurales desde el principio, pues éste creó una inestabilidad potencial más que un curso coherente hacia el progreso. Esta situación tuvo una repercusión mayúscula, en particular en la región de América Latina, en donde lo que llamaremos el “laboratorio centroamericano” quedó fuertemente expuesto.

El principio que sostiene que “la política de Estados Unidos hacia América Latina no ha buscado, fundamentalmente, asegurar las condiciones para la democracia en esta región, sino asegurar los intereses de los capitalistas” de ese país, como argumenta Bergquist, es fidedigno, al menos en lo que a la prioridad económica se refiere.<sup>412</sup> No obstante, para alcanzar este objetivo se requerían bases ideológicas. Entonces, es importante considerar que el estigma del anticambio y el miedo al cambio (de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, respectivamente), así como el segundo axioma anticomunista de la posguerra (la necesidad

<sup>411</sup> Wight dice que “la idea de un modelo de poder permite generalizar las políticas internacionales en relación con su marco geográfico”. Véase Wight, “The Balance of Power”, *op. cit.*, nota 222, pp. 149, 150.

<sup>412</sup> Charles Bergquist, *op. cit.*, nota 408, p. 82.

ante todo de preservar una exacerbada noción de seguridad) fueron la base (no secular) sobre la que se construyó la política exterior estadounidense para *convencer* (“si el diablo no hubiera existido nosotros lo habríamos inventado”) a los otros primos americanos del sur de los beneficios del progreso y el capitalismo (*americanos*).<sup>413</sup>

Este proceso fue una gran oportunidad del americanismo para restablecer, en vista de la ofensiva del macartismo, las condiciones esenciales para que reapareciera la mística de la frontera, esta vez dentro del ámbito de los asuntos externos: por ejemplo, el establecimiento militar por parte de Eisenhower de los límites del poder en Estados Unidos y el reavivamiento del orgullo americano de Kennedy, Camelot incluido. Esto provocó la necesidad de reciclar los principales rasgos del discurso y la política (esta vez haciendo uso del anticomunismo para asegurar la defensa de la seguridad *americana*) con el fin de apropiarse como actor de vanguardia del derecho de aventurarse hacia la consecución de una política de protección de los mayores intereses de Estados Unidos en América Latina, mediante la imposición general de una estrategia de seguridad regional. Incidentalmente, el “marco geográfico” (como dice Wight) puesto por Estados Unidos es consecuente con una generalización doctrinaria en la región en donde ese país exportó una política ajena (e inconveniente) en tanto las condiciones internas estaban involucradas. Esto explicaría el tono y métodos agresivos usados contra el movimiento reformista en Guatemala, por no mencionar otros de las décadas siguientes. Así, la enfática e interminable circularidad intervencionista de esta *mística* aseguró, una vez más, la posición de fuerza de Washington en la construcción de las políticas internacionales.<sup>414</sup>

413 El concepto anterior es mi adaptación de una frase que Goethe discutiblemente atribuía a Diderot durante una conversación con J. D. Falk del 25 de enero de 1813: “wenn Gott noch nicht ist, so wird er vielleicht noch” (“si Dios ya no está, tal vez podría llegar a estar”). Véase Flodoard Frhr Biedermann, *Goethes Gespräche*, 2a. ed., Leipzig, F. W. v Biedermann, 1909, vol. II, p. 175. Esto refleja que la divinización dentro del proceso del conocimiento era un elemento central del debate de las ideas y, desde luego, la existencia de Dios y su opuesto representaba un aspecto principal de la discusión filosófica.

414 En los años setenta, y a la luz del acceso al poder de Salvador Allende, Henry Kissinger levantó la voz de alerta en relación con una amenaza contra la hegemonía ideológica y cultural en los siguientes términos, que vale la pena citar aquí: “Nixon y sus principales asesores estaban convencidos de que Allende representaba un desafío para los Estados Unidos y para la estabilidad del mundo occidental. El compromiso de Allende de nacionalizar las compañías propiedad de Estados Unidos *no era* nuestra principal preocupa-

Desde luego, visto en el marco de la historia de la Guerra Fría, el asunto de Guatemala fue sólo la primera expresión en América Latina de las políticas de este periodo, mismas que ya habían sido probadas en otra región tiempo atrás. Hubo dos casos relevantes que vale la pena mencionar, puesto que tal vez fueron cercanos al de Guatemala. En 1953, Irán experimentó un golpe dirigido y organizado por la CIA contra el primer ministro Mohammed Mossadegh, a favor del retorno del sha Mohammed Reza Pahlevi. En Europa, Grecia enfrentó la intervención de Washington durante la Guerra Civil (1946-1949), a la que se calificó de “la proclamación formal de la Guerra Fría” entre el “mundo libre... y las fuerzas del comunismo”.<sup>415</sup> En esta intervención, que representó la primera campaña contrainsurgente de la Guerra Fría, la organización armada de fuerzas civiles paramilitares griegas que funcionó durante y después de la guerra civil fue un notable y temprano ejemplo del apoyo de Estados Unidos a un sistema que tuvo, como principal labor, el adoctrinamiento político en el anticomunismo.<sup>416</sup> De ahí la importancia de advertir a la Unión Soviética a través de la doctrina Truman.

ción... Allende era diferente, no era simplemente un fastidio económico o una crítica política, sino *un desafío geopolítico*. Chile limitaba con Perú, Argentina y Bolivia, todos plagados de movimientos radicales. Como país continental, un Chile militante tenía la capacidad de minar a las otras naciones y apoyar la insurgencia radical que era mucho mayor que la cubana, y Cuba ya había hecho bastante daño... Dos administraciones democráticas anteriores a la de Nixon habían llegado a la misma conclusión, que una victoria de Allende pondría en peligro nuestros intereses en el hemisferio occidental”.

Véase Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Londres, Weidenfeld & Nicolson & Michael Joseph, 1982, p. 376 (cursivas mías). Un tiempo antes, en sus memorias, Kissinger había declarado: “nuestra preocupación con Allende se basaba en la seguridad nacional, no en la economía. La nacionalización de la propiedad de estadounidenses no era el tema. El desafío a nuestra política e intereses que representaba Allende era fundamentalmente diferente. No era sólo nacionalizar la propiedad; él admitió su adhesión al marxismo-leninismo totalitario. Era un admirador de la dictadura cubana y un resuelto oponente del «imperialismo americano»”. Kissinger, *The White House Years*, Londres, Weidenfeld & Nicolson & Michael Joseph, 1979, pp. 656 y 657.

<sup>415</sup> Robert W. Selton, “The Cradle of US Cold War Strategy”, *Military Review*, agosto de 1966, p. 68.

<sup>416</sup> Desde luego que la Unión Soviética no era exactamente un participante inocente. También estaba involucrada en la dinámica bipolar y su comportamiento como gran poder lo reflejaba.

V. EL FANTASMA DEL PROGRESO: TRADICIÓN *VERSUS* CAMBIO

Cuando se habla de la naturaleza del interés de Estados Unidos en Guatemala, es importante apuntar que Washington, a través de la Oficina de Investigación de Inteligencia (Office of Intelligence Research, OIR por sus siglas en inglés) del Departamento de Estado, no censuró gravemente los aspectos técnicos de la reforma agraria en Guatemala, reconociendo el hecho de que “de 241,191 propiedades privadas agrícolas sólo 1,710 se verían afectadas”. El informe de la OIR continúa con lo que parece ser la principal inquietud en torno al Decreto 900: que la ejecución exitosa de la reforma fortalecería la “autoridad del gobierno” y el “prestigio” en el campo ofrecería a los comunistas “una excelente oportunidad para extender su influencia sobre la población rural”.<sup>417</sup> En la misma dirección, el antropólogo Richard Adams argumentó que, con el cambio en el campo en Guatemala:

...tuvo lugar un despertar de profunda significación... un “despertar sociológico”, pues éste provocó que se hiciera patente que ciertos estatus y papeles previamente aceptados dentro del sistema social no estuvieran más ceñidos por las mismas reglas, y que de pronto se abrieran nuevos canales para la expresión y la satisfacción de las necesidades.<sup>418</sup>

417 Véase Office of Intelligence Research (OIR), “Agrarian Reform in Guatemala”, núm. 6001, 5 de marzo de 1953, pp. 4 y 5. Ésta es una observación importante puesto que subraya el temor a la “influencia comunista” como una preocupación mayor, más allá de los aspectos meramente económicos que tenía la reforma en sí misma. Por otro lado, el establecimiento de la cifra de compensación (como veremos en las siguientes páginas) era en gran medida el resultado de esta premisa ideológica, porque la diferencia en los totales discutidos por el Departamento de Estado y Arbenz no justificaba una discusión económica significativa tanto como fue, de hecho, una pelea política.

418 Citado en Gleijeses, *op. cit.*, nota 284, 1991, p. 161. Otro pronunciamiento destacable referente al “despertar sociológico”, emitido en los años setenta por un ejecutivo de la política exterior en relación con el temor que representaba una amenaza exterior a la “integridad ideológica” fue el de Edward Korry, embajador en Chile cuando fue electo el presidente Allende. Para Korry: “Chile votó pacíficamente para tener un Estado comunista... Su margen fue sólo del 1 por ciento, pero es lo suficientemente grande en el contexto de la constitución política para consolidar su triunfo hasta el final. Es un hecho triste que Chile haya tomado el camino del comunismo con sólo un poco más de la tercera parte (el 36 por ciento) de la nación aprobando esta opción, pero es un hecho inmutable. Esto va a tener un profundo impacto en América Latina y más allá; hemos sufrido una severa derrota; las consecuencias van a ser nacionales e internacionales; las repercusiones van a tener un impacto inmediato en algunos países y efectos retardados en otros”.

En contraste, en el impacto que tuvo la Revolución de Octubre dentro de los círculos de Washington el factor ideológico fue extraordinario para el subsecuente beneficio del *American way*. Si bien la política en Guatemala se ejerció en nombre de intereses económicos, por su propia naturaleza ésta implicó una garantía para el mantenimiento de los subsistemas ideológicos (obsoletos) del cuerpo político local. La modernidad y el progreso (“fantasmas escurridizos”, como los ha llamado Paz) dentro del ámbito de la esfera económica estaban pensados para llevarse a cabo en concordancia, y no en oposición (aparente o real) con el interés esencial de Estados Unidos. Por lo tanto, en el momento mismo en que se concibió y realizó la modernización en Guatemala como un proceso relativamente independiente, Washington se preparaba para organizar su desmantelamiento. Cuando se refiere a este tipo de conducta, Robert Cox manifiesta que el liderazgo local, cuando busca condiciones justas para el desarrollo externo e interno, “cuando mucho va a ayudar a transferir elementos de modernización a las periferias, pero sólo en tanto éstos sean consistentes con los intereses de los poderes locales establecidos”.<sup>419</sup>

De acuerdo con esta convención, Estados Unidos, al apoyar al dictador Ubico, ya tenía tipificadas sus políticas tradicionales hacia las dictaduras latinoamericanas. Un ejemplo periodístico notable de esta política de tolerancia hacia el autoritarismo dentro de los círculos de los medios masivos es un artículo en la influyente *Harper's Magazine* de 1940. En este texto se elogia a Ubico por “trabajar con nosotros como uña y carne en la causa común”. El artículo describe a Ubico como un déspota “que detesta ser llamado así” y un “honesto admirador de la democracia en un país que nunca ha conocido el significado de esa palabra”. Y para complementar las razones de Estado, el artículo concluye que incluso si Ubico hubiera sido despótico, fue un “iluminado” y “benevolente” déspota, justo lo que el país (y Washington) necesitaba.<sup>420</sup> Posteriormente esta política, esta

Citado en Kissinger, *The White House Years*, cit., nota 414, p. 653. Las oraciones en cursivas, según Kissinger, fueron subrayadas por Nixon cuando le envió el informe al presidente.

<sup>419</sup> Cox, “Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method”, *Milenium* 12, núm.2 (verano), 1983, p. 173.

<sup>420</sup> Véase Lawrence Martin y Sylvia Martin, “Four Strong Men and a President”, *Harper's Magazine* 185, septiembre de 1942, pp. 418-427. Kenneth J. Grieb sostiene que Ubico era aceptado, e incluso bien visto entre los indios. Debe hacerse notar que las conclusiones de Grieb se basaban en la cobertura de la prensa guatemalteca que él mismo ad-

vez en defensa de la democracia, se vería reflejada en la creación de la Alianza para el Progreso.<sup>421</sup>

Un interés fundamental del presente capítulo es analizar por qué Estados Unidos intervino tan furiosamente en Guatemala, convirtiéndola en un arquetipo. Aquí surge nuevamente el problema del *excepcionalismo*. Mientras el caso Guatemala es un movimiento sobresaliente en sí mismo, la reacción que provocó en Washington es problemática, en términos de enfrentar pacífica (y coherentemente) tales “anomalías” (como Guatemala y Cuba en América Latina, Grecia e Irán, y tal vez también Indochina y Corea); por lo tanto, la violenta respuesta de la potencia al cambio sociopolítico en todo el mundo parece sugerir su intolerancia a la originalidad del cambio democrático en otras naciones: en esencia, había un rechazo a aceptar la validez de procesos excepcionales (en los que éstos eran expuestos a condiciones endógenas desventajosas) dirigidos al progreso democrático.

### *La lucha ideológica: reformular las bases de la hegemonía*

Al evaluar la naturaleza de esta respuesta dentro del contexto de políticas regionales basadas en una estrategia más amplia, se apeló a la defensa de los valores más esenciales. Por ejemplo, Eisenhower señaló que “el mundo está en una *lucha ideológica*, y nosotros estamos de un lado y los países de la Cortina de Hierro del otro. A la lucha en la que estamos ahora la llamamos la «Guerra Fría»”.<sup>422</sup>

El presidente Eisenhower estaba en lo cierto en tanto no fue sólo la política anticapitalista “roja” la que estaba siendo cuestionada en el contexto de este nuevo énfasis discursivo, sino también la *reformulación* de la base de la hegemonía antirroja estadounidense. Tal “reformulación” alcanzó su clímax durante sus años como presidente. Ésta fue elaborada desde el inte-

mitió estaba controlada por el general-presidente, en entrevistas con seguidores de Ubico y en informes de funcionarios estadounidenses como el embajador Sheldon Whitehouse, de quien Ubico era “particularmente cercano”. Este autor también considera que el “astuto caudillo buscaba congraciarse con los yanquis”, y ciertamente tuvo éxito. Véase Grieb, *Guatemalan Caudillo: The Regime of Jorge Ubico*, Athens, Ohio, Ohio University Press, 1979, pp. 35-41 y 67-75.

421 Sobre la Alianza para el Progreso véase May, *op. cit.*, nota 31, pp. 757-774; para una evaluación crítica, véase Frei-Montalva, *op. cit.*, nota 31, pp. 437-448.

422 DOSB, “The Courage to Be Patient” (declaración del presidente) 31, núm. 807, 13 de diciembre de 1954, p. 887 (cursivas más).

rior del Estado con el propósito de encontrar una nueva legitimidad y por lo tanto, una nueva identidad (las políticas de Truman eran “ambiguas” según Dulles). Aun así, lo que el presidente y su secretario no dijeron (tal vez debido a su ceguera ideológica no lo visualizaron) fue que este ejercicio también constituyó un esfuerzo intensivo y sistemático por *construir* un discurso contra la amenaza, a través del cual se estaba fabricando un arquetipo simbólico: el de la anomalía. Por lo tanto, la máxima representación antitética de este ventrilocuismo político, el *sovietismo*, fue confinada dentro de la amorfa condición de “lo otro”. Dentro de este espacio retórico, las *identidades* políticas se trazaban a partir de la dimensión religioso-ideológica y una *inferencia teológica* en la demarcación de los sitios de pertenencia ideológica (“el lado bueno”, “el lado malo”, etcétera). En 1954, Eisenhower expresó los límites de este notable corolario como sigue:

Los *dos* campos del mundo, cuyas fronteras geográficas en áreas importantes son mutuamente compartidas, yacen más lejos en *motivación* y *conducta* que los polos en el espacio. Uno está *dedicado* a la *libertad* del individuo y al derecho de *todos* a vivir en *paz*; el otro, a la filosofía *estética* del materialismo y el esfuerzo para *establecer* su imperio sobre la tierra.<sup>423</sup>

Este importante aspecto de la política fue destacado por Eisenhower en un patriótico discurso ante la Legión Americana en Washington, en agosto de 1954. En esa oportunidad expresó que la “dictadura (comunista), despiadada, enérgica, insaciable”, estaba “determinada a establecer su dominio sobre todo el mundo”, utilizando “cada arma imaginable para alcanzar sus fines: usa la fuerza y la amenaza de la fuerza. Usa la subversión del soborno y el sabotaje. Usa la propaganda”. Eisenhower creía que esta última era un arma extraordinaria de la “lucha ideológica”. Ésta, manifestó, “requiere enfáticamente de nosotros contramedidas nuevas y agresivas. Hay una peligrosa desproporción entre los esfuerzos de nuestro país por decir la verdad sobre la libertad de los objetivos de nuestra nación, por un lado, y la propaganda de la dictadura roja por el otro”.<sup>424</sup>

Dulles contribuyó a este ímpetu propio de una cruzada, apelando a los valores de la cristiandad y la libertad como se conocían en la tradición oc-

423 *DOSB*, “Education and Freedom-Core of the American Dream” (pronunciado por el presidente) 30, núm. 781, 14 de junio de 1954, p. 899 (cursivas mías). A la luz de este parafraseo de los términos de la dominación, sostengo que *America* se vuelve el recurso dominante para alcanzar este resultado.

424 *DOSB*, “Principles of US...”, *op. cit.*, nota 405, p. 359.

cidental, con el fin de “confrontar la dictadura” para el beneficio del más alto “deseo humano”: la libertad. De esta manera, con una mezcla de principios políticos y religiosos, los seres humanos, comentaba Dulles:

...en su mayoría quieren cosas sencillas. Quieren rendir culto a Dios de acuerdo con los dictados de su conciencia. Pero esto no se asegura fácilmente para aquellos que promueven un credo *estético*... Hay signos de que los gobernantes se inclinan hacia algunos de los deseos humanos de su pueblo... Esto no prueba que los gobernantes soviéticos se hayan *transformado*. Es más bien que ellos pueden estar percibiendo débilmente un hecho básico, que hay límites para el poder de cualquier gobernante para suprimir indefinidamente el espíritu humano. En este hecho dado por Dios reside nuestra más grande esperanza.<sup>425</sup>

## VI. LA NECESIDAD DE AFIRMACIÓN Y SUS PELIGROS

Se desprende entonces que la forma *genuina* en que se reafirmaba esta tradición era usar la conversión a través de la política. O como dice Hoopes, “había una tendencia doctrinaria (por parte de los líderes de Estados Unidos) a elevar cada tema de política exterior hasta el nivel de una lucha a muerte entre absolutos morales opuestos”.<sup>426</sup> Por lo tanto, si bien había argumentos económicos comprensibles para defender una política de seguridad nacional, hay un buen número de signos que revelan hasta qué grado la política exterior estadounidense ha sido también (y tal vez principalmente) el resultado de una necesidad de afirmación nacional.<sup>427</sup> Como la concibieron los pioneros de Estados Unidos, la naturaleza fundacional de la nación se vería reflejada en los pilares sobre los que se iba a construir un país excepcional. La importancia de este rasgo reside en que el espíritu del destino manifiesto prevaleció tanto en la cultura política de Estados Unidos como en la construcción de su política exterior. Aunque disminuyó el ímpetu por la frontera en la última década del siglo XIX, persistió una noción misionera de la acción política. Así, a la luz de la mística de Dulles al alabar a la “nación de Dios”, la política ex-

425 *DOSB*, “The Evolution of Foreign Policy” (pronunciado por el secretario Dulles), núm. 761, 25 de enero de 1954, p. 110 (cursivas mías).

426 Hoopes, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, *cit.*, nota 406, pp. 171 y 172.

427 Para un ejemplo reciente de esto mismo, véanse las palabras de Albright citadas en el capítulo tercero.

terior en sí misma no se diferenciaba de la *misión civilizatoria* de Lyndon Johnson en el sudeste asiático;<sup>428</sup> o del espíritu de la “nueva frontera” de Kennedy en América Latina.

El pasado épico de Estados Unidos generó un presente de intolerancia, no tanto resultado de una ceguera ideológica, como de la necesidad de mantener viva una tradición recientemente creada, que en sí significaba la inauguración de una tradición ideológica propia. En el contexto de la política exterior de Estados Unidos, este momento comprendió la necesidad de concebir, en la paráfrasis que hace Gill de Weber, “al héroe capitalista calvinista como un agente (fundamental) de la historia”.<sup>429</sup> Y esta característica del pensamiento y de la formulación de política exterior de Estados Unidos ha resucitado más especialmente cuando se ha requerido confrontar cualquier cosa que no correspondiera a esta figura retórica, como las revoluciones.

Encontramos aquí que la Unión Americana se impuso la idea de ser responsable de lo que pase en todo el mundo, “un derecho inherente, una especie de destino manifiesto moderno para intervenir en los asuntos internos de otros países”.<sup>430</sup> Christopher Coker destaca esto acertadamente en *Reflections on American Foreign Policy since 1945*; hace hincapié en la gran afinidad entre las instituciones estatales como la CIA y el Congreso cuando triunfan en esta misión. “La idea del destino manifiesto todavía sobrevive”, cita Coker cuando describe la opinión del Senado de Estados Unidos sobre este tema.<sup>431</sup> Coker agrega que “los gobernantes con frecuencia hacen declaraciones arrebatadas sobre la misión de Estados Unidos en el mundo, y muchas veces comprometen a la nación en políticas y programas que están más allá de sus recursos”.<sup>432</sup>

La elite política estadounidense de aquella época (tal y como los exaltados discursos de Eisenhower y Dulles lo indican) ha hecho del proceso de construcción de la política exterior el instrumento por excelencia para probar esta excepcionalidad. Alternativamente, esto se haría usando la religión con propósitos ideológicos. Como uno de los dos grandes pode-

428 Alan Goldman, *The Tragedy of Lyndon Johnson*, Nueva York, Knopf, 1969, p. 63.

429 Gill y Mittelman (eds.), *op. cit.*, nota 21, p. 9.

430 Coker citando a Marchetti y Marks; véase Coker, *op. cit.*, nota 103, p. 18. Véase también Victor Marchetti y John D. Marks, *The CIA and the Cult of Intelligence*, Nueva York, Knopf, 1974.

431 Coker, *op. cit.*, nota 103, p. 18.

432 *Idem.*

res, Estados Unidos estaba obligado a perpetrar una estrategia acorde con tal circunstancia. Sin embargo, como en el caso de cualquier actor histórico relevante que intenta imponer una posición tan original sobre los otros actores en el concierto del mundo, debía pagar un precio a cambio.

## VII. LA INCERTIDUMBRE DE LA SOLEDAD: EN BUSCA DE UNA NACIÓN

En alguna medida, esta excepcionalidad autoinducida se volvió contra sí misma, situando a Estados Unidos nuevamente en una posición de aislamiento: como poder único, ese país permaneció como el actor exclusivo en la construcción del nuevo orden, en particular desde mediados de los años los cuarenta en adelante. Esto implicó una paradoja: Estados Unidos, al decidir (correctamente) intervenir en la guerra contra el nazismo, interrumpió el curso de aislamiento tradicional sólo para terminar, después del triunfo de los aliados: 1) como el único país victorioso real puesto que, prácticamente solo, tuvo que tomar el control de la organización de los asuntos mundiales, y 2) esto se realizó confrontando al sovietismo en forma similar a como lo había hecho con el nazismo, como van a indicar más adelante los señalamientos de Dulles. Como ejemplo, Dulles compara *Los problemas del leninismo* de Stalin con *Mein Kampf* de Hitler. Ese trabajo de Stalin, dice, “se ha vuelto para el partido comunista lo que fue *Mein Kampf* para el partido nazi”.<sup>433</sup> Paul Veyne cuestiona el lugar que tiene una política exterior como ésta dentro de un dominio más politizado y en un nivel mayor de agregación, aquel del Estado. Discutiendo las prácticas imperialistas de la antigua Roma, Veyne ofrece una inversión irónica: “Roma encarna una forma arcaica, no de imperialismo, sino de aislamiento. Ella niega la pluralidad de naciones; se comporta, como dice Momsen, como si fuera el único Estado en todo el sentido del término”.<sup>434</sup>

433 Véase Hoopes, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, cit., nota 406, p. 165. Es verdad que la Unión Soviética tenía la fuerza para desafiar a Estados Unidos, especialmente en el terreno militar. Aun así, los soviéticos eran los ganadores débiles de la Segunda Guerra Mundial, pues tanto su economía como su sociedad estaban exhaustas por la confrontación militar con Hitler.

434 Véase Paul Veyne, *op. cit.*, nota 47, p.177. Considero altamente significativo aprovechar el símil con la actualidad mundial desde la crisis desatada por los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos.

Por consiguiente, la dimensión del poder de Estados Unidos y su posterior predominio en los asuntos del mundo se va a reflejar significativamente en una medida similar de alejamiento. Victoria y derrota (como lo demostró la Guerra de Vietnam), sin tomar en cuenta sus diferencias históricas cualitativas, eran dos resultados de una misma condición. El Estados Unidos moderno no era un país particular ordinario, sino uno situado en una condición de poder ilimitado y de relativa soledad, en virtud de la cual esta nación iba a estar dotada con los instrumentos (y la autonomía) para asegurar su seguridad nacional y llevar adelante la defensa de su interés nacional a cualquier costo. Al mismo tiempo, esta condición insular moderna garantizó a Washington la incomparable oportunidad de cumplir con sus metas de política exterior sin depender de compromisos descontrolados con los aliados de Occidente: Estados Unidos estaba solo en su proyecto de dominación, pero también viajó acompañado de cualquiera que considerara aceptable y decisivo para obtener resultados favorables. Es importante subrayar que una de las peculiaridades de Estados Unidos como gran poder ha sido que esta condición histórica de “predominio solitario” ha producido diferentes tipos de resultados, y el más notable ha sido una obsesión temeraria por asegurar, en el extranjero, los espacios para la imposición de sus proyectos inmediatos y de largo plazo en el mundo.

En tanto que un “mundo dentro de sí mismo” y como nación multiétnica, Estados Unidos experimentó dificultades en *pertenecer* a una tradición civilizatoria, lo cual es una condición esencial de la nación moderna.<sup>435</sup> Por

435 El primer concepto lo elaboro en la introducción y los capítulos primero y segundo. Sobre el tema de la raza, no uso el término “mestizaje” porque lo considero excesivo. Dentro del ámbito del multiculturalismo en Estados Unidos ha prevalecido, paralelamente, lo que denomino un racismo consensuado. Aunque una paradoja en sí misma, y pese a que Estados Unidos es en gran medida, y en algunas regiones más que en otras, una sociedad interétnica, creo que durante los tiempos modernos (especialmente en los años cincuenta y sesenta) ha habido profundos problemas en relación con el racismo y la integración, y aún siguen ocurriendo hoy, como se ha podido observar en varios incidentes tales como la bomba de Oklahoma de 1995 y los asesinatos raciales en el sur desde mediados de los años noventa en adelante, todos ellos perpetrados por individuos que compartían el credo de la Hermandad Aria del Ku-Klux Klan. Estos incidentes racistas, entre muchos otros del pasado, nos recuerdan la condición infrahumana a la que han sido confinadas las supuestas razas inferiores en Estados Unidos. Por lo tanto, desde los aspectos nacional e internacional del proceso de construcción de la política de esa potencia es más o menos claro que esta nación, especialmente en los estados del sur y mayoritariamente en las clases sociales más bajas, aún está viviendo un periodo de lucha racial y está en proceso de

consiguiente, debía establecer una *tradicción* propia.<sup>436</sup> El Estados Unidos del siglo XIX (y, aunque en forma diferente, muy probablemente de la época moderna también) es un país localizado *más allá* de las fronteras de nación, o quizá una entidad nacional que yace apenas dentro de los confines geográficos de una *nación*. Y aun, es un Estado-nación que todavía está luchando por encontrar una forma de pertenencia y por alcanzar una identidad propia, lo que explicaría por qué los límites de la política exterior se volvieron el laboratorio plausible para llegar a este momento. Si bien Dulles, como admite Eisenhower en sus diarios, “no [fue] particularmente persuasivo en la forma de presentación utilizada y, por momentos, parecía tener una curiosa falta de entendimiento en cuanto a cómo sus palabras y modos podían afectar a otra personalidad”.<sup>437</sup> Sin embargo, tuvo éxito en su retórica teatral, principalmente en institucionalizar la perspectiva esencial de la Guerra Fría dentro de Estados Unidos y en otras regiones. El resultado fue que el encierro de la administración de Eisenhower “llevó, por momentos, al casi total aislamiento de Estados Unidos”.<sup>438</sup>

No obstante, la política exterior posterior a la Segunda Guerra Mundial fue esencial para restaurar la afirmación de tal identidad, y Dulles y Eisenhower parecían cumplir los requerimientos para hacerlo posible: el aislamiento de Estados Unidos (la *soledad americana*) dentro del contexto iberoamericano implicó que el único modo de poseer las herramientas para imponer tradiciones era ejercer el control y la dominación a través de una coercitiva y extravagante política exterior. Esta tradición, de hecho,

adquirir un sentido de identidad en lo concerniente a la raza, la clase y la integración económica. Sobre racismo y sociedad véanse Wilson, *The Earth Shall Weep: A History of Native America*, *cit.*, nota 92; Richard Drinnon, *Facing West: The Metaphysics of Indian-Hating and Empire Building*, Nueva York, Schocken Books, 1990; Vince Deloria, *God is Red*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1973. Sobre uno de estos incidentes ocurrido en Jasper, Texas, durante el verano de 1998, véase Vulliamy (ed.), “Face-off in Jasper”, *The Guardian* (fin de semana), 11 de julio de 1998, pp. 9-11, 13-14 y 16.

<sup>436</sup> En sus cuadernos Gramsci argumenta, cuando se refiere al “americanismo” y al “fordismo”, que Estados Unidos tenía el privilegio de ser una nación rica; por tanto, el hecho de que “[no] tuviera «grandes tradiciones históricas» no implica (sino más bien lo contrario) que tuviera lugar una «acumulación formidable de capital»”. Esto, señala Gramsci, “ha tenido lugar a pesar de los estándares de vida superiores que disfrutaban las clases populares en comparación con las europeas”. Véase Gramsci, *op. cit.*, nota 7, p. 285.

<sup>437</sup> Entrada del 14 de mayo de 1953, en Robert H. Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, Londres, W.W. Norton & Co., 1981, p. 237.

<sup>438</sup> Hoopes, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, *cit.*, nota 406, p. 177.

se inauguró desde el mismo momento en que *America* comenzó a mostrar sus rasgos expansionistas. Y, por supuesto, la Guerra Fría fue tanto el momento moderno particular, como la primera oportunidad histórica (y Estados Unidos la aprovechó al máximo) para poner en marcha su política de poder. En otras palabras, reforzar (o reinventar) la identidad por medio de una política moralmente superior fue una de las prioridades centrales en la mentalidad de los formuladores de política de Estados Unidos de la época, más allá de su orientación, ideología y colocación sistémica dentro de los confines de la esfera estatal, como lo revela la actuación del *Vital Center*. Así, en la defensa de la seguridad, prevaleció un principio general que superó (temporalmente) tanto los límites ideológicos personales como los pragmáticos colectivos: proteger los valores del mundo libre de la amenaza de la iniciativa extranjera. Para lograrlo, “una premisa fundamental era que el sistema comunista no sólo era moralmente inferior al resto (lo que pocos dudaban), sino también inherentemente inferior en términos materiales (lo que muchos dudaban)”.<sup>439</sup>

#### VIII. LA UNIFORMIDAD IDEOLÓGICA, LA SOCIEDAD OPULENTA Y LA ASCENDENCIA GLOBAL

Una expresión capital de esta unión fue la política de contención de Truman, junto con uno de sus documentos más importantes: la directiva NSC-68. De acuerdo con Efram, este documento esencial de la política exterior fue resultado de una mezcla ideológica de la que pudo haber derivado el neoconservadurismo. En primer lugar su autor, Paul Nitze, fue alentado por la corriente ideológica del momento y una importante coalición liberal de la Guerra Fría conocida como *el centro vital* (*The Vital Center*), la cual se inspiró a su vez en un libro del mismo título de Arthur M. Schlesinger Jr.<sup>440</sup> La directiva NSC-68 sentó las bases para la política de seguridad nacional de Estados Unidos relacionada con la contención, que fue apoyada, por un lado, por intelectuales liberales miembros de esta corriente, como el propio Schlesinger, y otros como Reinhold Niebuhr,

<sup>439</sup> Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles*, *cit.*, nota 406, p. 173.

<sup>440</sup> Fue uno de los primeros libros modernos anticomunistas producidos por el establishment liberal en Estados Unidos en la década de los cuarenta. Véase Schlesinger Jr., *op. cit.*, nota 25. especialmente la parte sobre Nitze y NSC-68.

quien en esa época ya era un socialista utópico decepcionado del socialismo real; y por el otro, George Kennan e Irving Kristol, por mencionar algunos. En vista de lo anterior, no queda claro cuáles eran las diferencias reales entre las posiciones ideológicas dentro de la esfera del Estado o entre liberales como Schlesinger y conservadores como Kristol.<sup>441</sup> Más aún, a excepción del tono, ¿cuál era la diferencia, dentro del contexto de tal adición ideológica de un estigma claramente liberal, entre las primeras políticas de contención de la era de Truman y el neoconservadurismo? A la luz de esto se entiende, entonces, que el trasfondo ideológico liberal que estableció las bases esenciales para la defensa (anticomunista) de la seguridad nacional después de la Segunda Guerra Mundial creó los cimientos del neoconservadurismo.

Por lo tanto, en lo que respecta a los resultados de las políticas y a las intervenciones en América Latina, no ha habido ninguna diferencia sustancial entre las ideologías y las políticas que aseguran la protección de los intereses de Estados Unidos. Más aún, en el nivel de formulación de las políticas y dentro de su propio, interno y caótico *tête-à-tête* bipolar, ni el realismo, ni el idealismo parecían ser escuelas de pensamiento que tuvieran algo que ver con esta parte del mundo. Éstas estaban enclavadas en Europa y en la Unión Soviética. En este contexto, América Latina no importaba o *no existía*, no se diga la delgada región centroamericana. Esta región del mundo no era central en el proyecto general de la estrategia bipolar. Éste fue un mito entre los mitos: en el vértice del ya existente mito de América Latina como una *unidad* estaba el mito que hizo *America* de los países latinoamericanos como un todo territorialmente integrado en el nivel continental. En consecuencia, era necesario concebir una política pragmática de involucramiento en sus asuntos; y, dada la ausencia de una doctrina, el acercamiento directo a los problemas de la subregión se realizó acudiendo a lo que Alan Knight considera un “acercamiento normativo”. Es decir, que prevaleció “una predisposición a sermonear, a decir a los latinoamericanos cuándo estaban mal, cuándo (por decirlo de alguna

441 Véase John Ehram, *op. cit.*, nota 25, capítulo 1. A fin de seguir el debate que tuvo lugar en ese tiempo en Estados Unidos sobre el suceso soviético y el comienzo de la bipolaridad, sugiero consultar los editoriales de *The Nation* y *New Republic*. Véase principalmente: “A New Three-Power Conference”, *The Nation*, 27 de octubre de 1945, p. 420; “Relations with Russia”, *New Republic*, 26 de noviembre de 1945, p. 692. Estas dos publicaciones fueron el centro del debate entre los intelectuales liberales acerca de la cuestión soviética y la política mundial.

manera) habían hecho algo que no debían, e incluso, más frecuentemente, cuándo habían dejado de hacer algo que debían haber hecho”.<sup>442</sup>

Mientras que en la política impuesta en América Latina se daba por hecho, tanto en el nivel discursivo como en la construcción de las políticas, el predominio del *American way*, en Europa prevalecía una realidad diferente. Un ejemplo interesante es la importancia conferida por Estados Unidos al mundo de las ferias, específicamente a la Exposición Internacional y Universal de Bruselas de 1958, la primera feria mundial del periodo de la posguerra. En ella, la administración de Eisenhower instaló un pabellón en el que se hacía ostentación de las características de lo que J. K. Galbraith llamó “la sociedad opulenta”. Esta exhibición significó para esa época el extender la confrontación bipolar y una necesidad de “incrementar el prestigio de Estados Unidos del otro lado del océano [y] combatir la propaganda soviética que invadía a Europa Occidental”. El pabellón estadounidense mostrando el “paisaje de la cultura americana” fue abierto “en un sitio entre El Vaticano y los edificios rusos o, como observó un analista, «entre el cielo y el infierno»”.<sup>443</sup>

Gertrude Stein emitió alguna vez una opinión sobre la condición nacional de Estados Unidos, teniendo quizá en mente el problema del acendrado espíritu de pertenencia nacional que poseen los habitantes de ese país. Dijo que “Estados Unidos era la nación más vieja del mundo porque fue la primera nación moderna”.<sup>444</sup> De ahí la importancia de la representación en el énfasis (a través del proceso de construcción de política exterior) de tal condición de modernidad. Esto significa que la racionalización de la lucha por consolidar la idea, la necesidad y la realidad categórica de la fuerza de dicha potencia en América Latina y, por lo tanto, el posicionamiento en contra de casos críticos e incómodos tales como Guatemala y Cuba, debía hacerse en nombre de una abstracción concreta: la defensa de la “libertad contra el comunismo”. Concreta porque la Unión Soviética de hecho existía, de modo que era un pretexto ideal para que se echara a andar tal política; y una abstracción porque ésta fue, dentro del contexto de Guatemala,

442 Alan Knight, *op. cit.*, nota 38, p. 7.

443 Véase Robert W. Rydell, *World of Fairs: The Century-of-Progress Expositions*, Londres, University of Chicago Press, 1993, pp. 193, 194, 197 y 201.

444 Véase Rolando Cordera y Carlos Fuentes, “Entrevista con Gertrude Stein”, *Nexos* 175, julio de 1992, p. 34.

una noción deliberadamente *vaga* de amenaza externa.<sup>445</sup> Hoopes contribuye a esta discusión con la siguiente afirmación, al referirse a la política exterior de Dulles pero que se puede aplicar en general a la política exterior estadounidense: "...el confiado arquitecto de la presión [Dulles] en el primer periodo de Eisenhower se volvió el agotado cazador en el segundo, corriendo distraídamente de un incendio a otro en un esfuerzo frenético por sofocar las flamas de la rebelión nacional y la revolución en el tercer mundo".<sup>446</sup>

Después de aplicar mecánicamente la doctrina de la represalia nuclear a una diversidad de situaciones desde los cincuenta, la política exterior estadounidense (secretamente) desmanteló (en Guatemala, Cuba, Chile, Nicaragua y demás) aquellos movimientos nacionales relativamente autónomos ansiosos por promover el desarrollo de proyectos nacionales de progreso económico y político. Al mismo tiempo, tal política contribuyó, al menos en la región de América Central, al resquebrajamiento de los precarios sistemas políticos (en Guatemala e intentó hacerlo en Cuba), y a la destrucción de la economía nacional y las capacidades económicas de estos países.

#### IX. EL HEMISFERIO OCCIDENTAL. EL *AMERICANISMO* Y LA BUENA FORTUNA: DE LA FUNCIONALIDAD DE LA DOMINACIÓN

En una palabra: Washington consideraba la participación de Estados Unidos como la preservación (omnipresente) del orden interamericano y en representación del hemisferio occidental. Con el paso del tiempo, el orden se tornó (vía los golpes apoyados por esa potencia) en un orden disfuncional. Esta condición ("exitosa") garantizó la existencia de bases de dominación para que estuviera en condiciones de imponer su modelo de desarrollo político y económico. El último criterio, como se va a ver, fue compartido por algunos de los representantes del pensamiento oficial estándar en el sistema de Washington, como por ejemplo el ex agente de la CIA, Howard Hunt.

445 Acerca del anticomunismo véanse los siguientes trabajos: Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, Nueva York, Book Craftsman, 1957; David Gerassi, *op. cit.*, nota 384; Caute, *op. cit.*, nota 102.

446 Hoopes, "God and John Foster Dulles", *Foreign Policy*, *cit.*, nota 406, p. 174.

Por cierto, el término *hemisferio occidental* está vinculado a la noción geopolítica arquetípica prevaleciente en Estados Unidos, mediante la cual la tradición occidental (y/o su versión *americana*) debía tener las condiciones para establecerse dentro de una porción geográfica del mapa americano. Este término es una extensión territorial (y una representación ontológica) de la convicción que tenía ese país de que el “credo americano” y el consiguiente *American way* eran los pilares filosóficos de su concepción de civilización (es decir, el *motto* de la doctrina Monroe: “América para los americanos”, y la subsecuente imposición irracional de las reglas de la contención y la represalia sobre los latinoamericanos). Siguiendo con este código geopolítico, Michael Shapiro desafió la concepción de seguridad impuesta por Estados Unidos; para dar un ejemplo de este método de “representación” utiliza el caso de Guatemala, argumentando que:

El discurso inicial dentro del cual Guatemala fue conocida estuvo entonces basado en dos metonimias, una étnica y la otra geográfica. Para nosotros, Guatemala debía ser española y parte del hemisferio occidental (entendido en un sentido estratégico). Con el uso de la primera, afirmamos la dominación de los elementos hispánicos en la población, y con la última, identificamos a Guatemala dentro de nuestras propias prácticas políticas de seguridad. Estas dos figuras para representar a Guatemala permanecen como los mecanismos significantes prevalecientes, con los que el discurso de política exterior construye a las naciones centroamericanas.<sup>447</sup>

El *American way* fue entonces un axioma estratégico para garantizar las herramientas (tanto materiales como ideológicas) que reforzaran las políticas hegemónicas agrupadas dentro de la doctrina Monroe. En todos los otros aspectos, la “tradición occidental” llegó a Latinoamérica en 1492, mucho tiempo antes de que existieran las Trece Colonias. En este sentido, Latinoamérica precedió a Estados Unidos (o *America*) como sostén de la tradición occidental europea. Al mezclarse esta última con las tradiciones indígenas, las convenciones culturales de la región se convirtieron en el fundamento básico de América. En otras palabras, América ya existía antes de que *America* desplegara sus inquietudes hegemónicas en nombre de la consolidación del anteproyecto estadounidense de poder supremo mundial. De la misma manera, la *América* ibérica había mostra-

447 Shapiro, *op. cit.*, nota 45, p. 112.

do una clara disposición a tener una vida propia, antes de que la (anglo) *America* aspirara al control de la geografía y los recursos de la primera. El nombre América es usado por primera vez por el geógrafo alemán Martin Waldseemuller (1507) (o bien Martinus Hylacomylus) en su *Cosmographiae Introductio*. Él sugirió el nombre, aparentemente sin haberse percatado de los descubrimientos de Colón, en reconocimiento a los viajes del explorador italiano Améri(g)co Vespucio. El término *Mundus Novus* o nuevo mundo, comúnmente usado en referencia al territorio del hemisferio occidental, apareció por primera vez en una de las cartas de Vespucio publicada en 1504.<sup>448</sup>

¿Cómo vincular el americanismo con la intervención y con la teoría y la práctica de la política exterior? Si aceptamos que la intervención ha sido un arma de disuasión, debemos considerar que la intervención moderna de Estados Unidos (en el contexto del balance de poder) se convirtió en el arma idónea de política exterior para alcanzar con éxito este resultado excepcional. Simplificando, el excepcionalismo se equipara con el americanismo, este último justifica la intervención y ésta equivale a la disuasión. Toda esta conexión está comprendida por la singularidad, atributo que conforma una identidad y una función de Estados Unidos a ser desplegada dentro de esta trilogía. En este contexto, la intervención no sólo era concebida como un instrumento internacional legítimo de política exterior al cual los actores podían acudir a condición de que el marco normativo internacional lo permitiera, sino que también se realizaba (en Centroamérica) para completar (o para ser la continuación de) la necesidad de Estados Unidos de oficializar su condición excepcional como nación y como poder global. Esta condición se dio especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se volvió el intermediario esencial en la construcción del nuevo orden mundial; y con esta obsesión seguiría controlando los asuntos interamericanos.

448 *Cosmographus Introductio* (Introducción a la cosmografía) Guaterus Lud: Saint Die, Lorraine, vij.kl: Maij, 1507. Véase *The New Encyclopaedia Britannica*, Londres, 1994, vol. 1, p. 336. Subsecuentemente, la tradición intelectual en América Latina para liberarse de la metrópoli española adoptó la llamada cultura occidental a través del positivismo. Véase Leopoldo Zea, *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1974, p. 33.

X. EL ORDEN *AMERICANO* Y LA UNIVERSALIDAD

La intrusión del orden americano (entendido como una reserva ideológica) en la esfera interamericana, si bien un tanto caótica, estuvo basada en un modelo universal. O bien, como argumenta Cox, la hegemonía global "...era en sus comienzos una expansión externa de la hegemonía interna (nacional) establecida por una clase social dominante. Las instituciones sociales y económicas, la cultura, la tecnología asociada con esta hegemonía nacional se volvieron los modelos para la emulación en el exterior".<sup>449</sup> Con el fin de asegurar este escenario, continúa Cox, las zonas periféricas de la economía mundial "trataron de incorporar elementos del modelo hegemónico sin romper con las viejas estructuras de poder".<sup>450</sup> De este modo, si algún significado tenía el *americanismo* dentro de la esfera interamericana, particularmente en Guatemala, es que era imperativo salvaguardar una progresión que incorporara las reglas de la hegemonía mundial. Ésta, por lo tanto, se puede describir: "...como una estructura social, una estructura económica y una estructura política; y no puede ser simplemente una de estas cosas sino que debe ser las tres. Es más, la hegemonía mundial se expresa en normas universales, instituciones y mecanismos que establecen las reglas generales del comportamiento de los Estados".<sup>451</sup>

Es decir, que notoriamente se puso a Guatemala, dentro del contexto de 1950, como caso piloto de esta política: su predicamento individual frente a la atención de Estados Unidos fue establecido como modelo de lo universal. A la luz del caso de Guatemala podemos considerar la relevancia de la siguiente afirmación de Paz:

Todo lo que no tiene un lugar en la naturaleza utópica de Estados Unidos no pertenece apropiadamente a la historia: es un acontecimiento natural y en consecuencia no existe; o existe solamente como un obstáculo inerte, no como una conciencia ajena. El mal está afuera, como parte del mundo natural (como los indios, los ríos, las montañas y otros obstáculos que deben ser domesticados o destruidos)... Si la realidad estadounidense es la reinención de sí mismo, cualquier cosa que se encuentre en un nivel irreductible o inasimilable no es americano. En otros lugares el futuro es un atributo humano: porque somos hombres tenemos futuro; en la América anglosajona del último siglo el proceso se invierte

449 Cox, *op. cit.*, nota 419, p. 171.

450 *Idem.*

451 *Ibidem*, pp. 171 y 172.

y el futuro determina al hombre: somos hombres porque tenemos futuro. Y lo que sea que no tenga futuro no es hombre.<sup>452</sup>

## XI. EL LEGADO DE LA HISTORIA EN LOS ASUNTOS EXTERNOS: UNA BÚSQUEDA SIMBÓLICA DE LA VERDAD

Tanto la imagen de Paz como la de Stein pueden compendiar fácilmente la vía dominante utilizada por Estados Unidos para tratar con el legado de la historia. Concebidas como categorías históricas, estas imágenes también tipificaron el valor relativamente bajo que ese país ha conferido a los intereses de otros actores nacionales. Este legado, dentro del contexto del *voyage* neoimperial *americano* en el exterior y, por lo tanto, del inevitable choque con la representación de la otredad, ayuda a explicar la intervención (en particular en América Latina) como resultado también de la existencia de lo opuesto: si el *otro*, que coincidentemente detenta menos o cero poder, *existió* y lo hizo en una forma diferente que desafiaba a la *americana*, entonces era prioritaria su corrección inmediata. En tanto que para el realismo el predominio del Estado es la consideración principal para construir un fundamento del orden mundial, éste entiende la intervención como el producto (natural) racional del ejercicio del poder. Sin embargo, considero que este resultado también se deriva de tener, como carta más valiosa, una perspectiva estratégica diferente, así como una percepción distante de los acontecimientos políticos a la de los otros actores del escenario internacional, incluyendo por supuesto a los centroamericanos.

Por lo tanto, es significativo (y no sorprendente) que el discurso hegemónico estadounidense que se deriva de la posición en contra de la *diferencia* apelara a un determinismo espiritual. Este último se consumó en una manipulación maniquea de símbolos (esto es, “ateísta”, “diablo”, etcétera) como una forma de crear el clima apropiado para llevar adelante las tradiciones nacionales y sancionar los medios de asegurar el poder. En relación con esto, Bourdieu ofrece una útil descripción de los símbolos en la vida social en los siguientes términos:

...los símbolos son los instrumentos por excelencia de la “integración social”: como instrumentos de conocimiento y comunicación hacen posible que exista un *consenso* en torno al significado de su trabajo social, el cual contribuye

452 Octavio Paz, *op. cit.*, nota 155, pp. 10 y 11.

fundamentalmente a la reproducción del orden social. La integración “lógica” es la precondition de la integración “moral”.<sup>453</sup>

En este aspecto, más allá de los hechos de la vida política, lo que estaba detrás de esta noción particular de la política (exterior) era la necesidad, entre otras cosas, de convencer al *otro* actor, pacíficamente o no, de que la *verdad (americana)*, en el sentido en que Lipset utiliza el término, se encontraría allí donde prevaleciera la *lógica* del poder. Para estar en condiciones de lograrlo, era necesaria la fabricación o incluso la sola existencia de percepciones. “Percebir” un problema (la amenaza de la agresión soviética bajo la forma de la presidencia de Arbenz) era mayormente (aunque llevado al extremo como construcción preconcebida) un acto de fe: *nosotros creemos en lo que no vemos, por lo tanto, creemos en lo que no sabemos*. En consecuencia, cuando el poder se involucró en esta operación, la supremacía y la hegemonía debieron enfrentarse a él: estaban constreñidas a crear la necesidad: 1) para entender un problema de determinada manera, incluso si este ejercicio iba en contra de las expectativas y valores propios (y del otro), porque el objetivo principal de este ejercicio era dirigir la energía del otro (fuera éste un rival o un socio) hacia la creación de un clima cultural en el que tenían lugar subordinaciones de diferente tipo, y existía la conciencia de que era inevitable que esto ocurriera en dicha interacción; y 2) que ambas (supremacía y hegemonía) estaban allí con el propósito de dirigir la acción política para alcanzar un propósito específico. La intervención de Estados Unidos en Centroamérica recurrió a la necesidad de crear consenso (debilitado) en torno al problema (la amenaza externa) y su solución, al grado de que los actores subordinados fueron útiles para la legitimación de este fundamento hegemónico a través del uso de, por ejemplo, organizaciones tales como la OEA.

## XII. UN MARCO PARA LA INTERVENCIÓN LEGÍTIMA: LA APARICIÓN DE VACÍOS Y LA EMERGENCIA DE FISURAS POLÍTICAS EN LA TRADICIÓN *AMERICANA*

La tentativa de Washington de crear las bases para un consenso más amplio fue, en efecto, una necesidad. Para este propósito, “el Estado que establece la hegemonía es quien generalmente pone en marcha las institu-

453 Bourdieu, *op. cit.*, nota 278, p. 166 (cursivas mías).

ciones y normas internacionales”.<sup>454</sup> Dado que el consenso careció de un clima de paz para convertirse en *consenso hegemónico*, este último se constituyó bajo el paraguas de la *pax americana*: Estados Unidos, argumenta Cox, “tomó la iniciativa para construir una economía política mundial abierta, fuera de la esfera soviética, en donde la Europa occidental (por ejemplo, *The World of Fairs*), Japón y lo que se iba a conocer como el Tercer Mundo serían incorporados”.<sup>455</sup>

La cristalización de esta nueva esfera de política mundial fue la creación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU), que en palabras de Cox fue un “condominio de corta vida”, pues esta expresión última del orden fue una polarización que “rápidamente se convirtió en el modelo de la posguerra”.<sup>456</sup> Cox arguye que instituciones tales como el CSNU o la OEA “incorporan reglas que facilitan la expansión de las fuerzas económicas y sociales dominantes”, y que tienen las siguientes características: “1) encarnan las reglas que facilitan la expansión de órdenes mundiales hegemónicos; 2) son en sí mismas el producto del orden mundial hegemónico; 3) ideológicamente legitiman las normas del orden mundial; 4) cooptan las elites de los países periféricos y 5) absorben las ideas contrahegemónicas”.<sup>457</sup>

Así es como se puso en boga una condición asimétrica. En consecuencia, la intervención como fenómeno geopolítico tuvo lugar cuando se dio una asimetría lo suficientemente fuerte e institucionalmente organizada para generar, como primera reacción, los recursos tácticos para confrontar el conflicto. Por lo general, las asimetrías en la política mundial se encontraban en un ámbito de influencia en donde había actores más dependientes que otros, y por tanto, actores más poderosos. Al final, la intervención tendía a suceder cuando se daba un proceso de desestabilización social en aquellas naciones que trataban de resolver sus propias diferencias internas por medios pacíficos y legales (Guatemala), o pasaban por un proceso de transformación que superaba el marco normativo (o legítimo) prevaliente en el entorno internacional de ese país (Cuba).

Lo anterior quizá sea el caso de Estados Unidos cuando se encontró enfrentándose con la necesidad de definir si debía aceptar la *diferencia* (esto es, cambio sociopolítico), o bien jugar un papel decisivo en la resolución

454 Cox, *op. cit.*, nota 419, p. 172.

455 *Ibidem*, p. 211.

456 *Idem*.

457 *Ibidem*, p. 172.

de un problema específico (generalmente una anulación de la misma si llegaba a estar relacionada con el cambio sociopolítico). Más allá de que el uso de la fuerza es un hecho de cada día en la política mundial, es relevante subrayar que, de acuerdo con los datos empíricos y teóricos que hay en esta materia, la intervención (en Guatemala) no fue un acto aislado, sino más bien un fenómeno político y social.<sup>458</sup> Es más, ésta pretendía establecer y asegurar una estructura esencial de la dominación estratégica. En este sentido, y a pesar de que la intervención haya tenido un fuerte contenido militar, particularmente en el nivel de su resultado, fue algo más que un acontecimiento militar: fue parte de los primeros pasos de un proceso político que ocurrió en la esfera regional y global.

Si bien Estados Unidos ya había consumado esta empresa en otras oportunidades, asegurándose un papel predominante en los asuntos económicos y políticos del mundo (la creación de las Naciones Unidas, el Plan Marshall, el FMI y el Banco Mundial), la interacción que tuvo lugar dentro de un escenario internacional como Centroamérica (OEA) fue posible porque los actores (débiles) reconocieron su condición inherente de diferencia (e inferioridad) ante Estados Unidos. Hasta cierto punto esta respuesta completó el *ethos* de excepcionalidad de Washington, puesto que la identidad existencial de este país necesariamente debía ser inseparable del “otro” en virtud del hecho de que la asociación Estados Unidos-el otro existía dentro de una relación hegemónica. No obstante, esta condición requería que el *otro* aceptara la probabilidad de ser convertido en *otredad* (si se presentaba la necesidad): la máxima representación de la diferencia llevada al extremo.

En ese momento histórico Estados Unidos estaba en condiciones de desempeñar su función más crucial, y ése era también el momento de recurrir a instrumentos de política exterior tales como la intervención y las acciones encubiertas: por ello, se debe entender a estas acciones como uno de los rasgos de privilegio que *America* se atribuyó con el fin de resolver todas las situaciones internacionales difíciles o amenazantes para el credo político estadounidense y sus intereses nacionales inmediatos. De esto se desprende que las intervenciones fueron instrumentos que aseguraron intereses políticos externos específicos. Ellas constituyeron la vía por la cual el Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX pudo garantizar no quedar separado, como actor global central, de ninguna tácti-

458 Véase Little, *op. cit.*, nota 226, p. 1.

ca central o maniobra estratégica, como algunos de los testimonios de Eisenhower y Dulles revelaron. Como resultado, la potencia disfrutó el mejor de dos mundos: un relativo aislamiento, y al mismo tiempo, cuando era necesario, la seguridad de contar con aliados que, vía su comportamiento especial requerido, eran funcionalmente vitales en cualquier momento particular; de ahí la necesidad de *America* de persistir. Lo que es más importante, como poder dominante Estados Unidos necesitaba de los otros Estados como componentes variables de un orden particular, dentro de un acuerdo de ideas fundamentales.<sup>459</sup>

Considero que esta condición (identidad propia ambigua) convirtió a la política exterior estadounidense hacia América Latina en una política de no política, en el sentido de que esta última era el producto de una inseguridad con respecto a lo que debía hacerse ante enigmas concretos y abstractos tales como “amenaza externa”, “fascismo”, “nacionalismo”, “comunismo”, “soberanía”, “revolución” y, finalmente, “democracia”. La *política* caótica ante estos problemas y/o ante los actores involucrados en su aparición (en particular en Centroamérica durante el periodo analizado) sólo ha sido el resultado contradictorio de esta incapacidad para ser y para habitar un universo cultural de relaciones y política externo, en el cual ser *America* parecía siempre mucho más cómodo que ser “Estados Unidos”. Por lo tanto, el modelo y el consecuente fundamento para controlar estaban dominados por un vacío en lo que concierne a un entendimiento justo de la cosmogonía sociopolítica regional.<sup>460</sup> Un entendimiento, se asume, que podría haber permitido a la política estadounidense ir más allá de la perspectiva *americana* de la realidad, del sentido de la historia de sí mismos y de los otros (o la *otredad*).<sup>461</sup> Cuando se ve en pers-

459 Antes, durante y después de que ocurra la intervención, persiste la interdependencia mutua de los Estados. Cuando se trata de intervenciones contra otros Estados, predomina un clima de “normalidad”. Walzer señala que “la palabra [intervención] no se define como actividad criminal, y aunque la práctica de intervenir a menudo amenaza la integridad territorial y la independencia política de los Estados invadidos, puede ser justificada en ocasiones. Es más importante primero enfatizar, sin embargo, que siempre tiene que ser justificada”. Véase Walzer, *op. cit.*, nota 241, p. 85.

460 Controlar los asuntos interamericanos fue, en gran medida, una inauguración *americana* del dominante ejercicio de poder de Estados Unidos en el concierto internacional.

461 Siguiendo con esta línea de análisis, prosigue una nota sobre territorialización. Parece haber directa correlación entre la constitución del Estado y la instauración de lo que Clausewitz consideró en 1815, en el Congreso de Viena, como la “unidad territorial”. Siguiendo a Maquiavelo, Michel Foucault analiza las condiciones básicas para componer el

pectiva (como dice Hoopes) la historia mundial de la posguerra durante los años de Eisenhower y Dulles, “la tragedia de esta situación es que pudo haber tenido un resultado distinto”.<sup>462</sup> Éste puede ser también el caso de la política de Estados Unidos hacia Centroamérica.

Con todo, el progreso fue traicionado por la tradición. En particular cuando Washington intentó erróneamente entender a América Latina a través del prisma de la Unión Soviética. Hay que destacar hasta qué grado influyó este “entendimiento” en el manejo del caso Guatemala como un “tema dominado por el comunismo soviético”, que de por sí suponía una política sobrecargada y mal preparada. En esta línea, Ambrose argumenta que Estados Unidos falló en comprender apropiadamente a la Unión Soviética, en especial durante el periodo de elaboración de política exterior de Eisenhower y Dulles. Quizás una de las razones fue la oscuridad cernida sobre el tema como resultado de la presión de McCarthy que convergió con el amargo anticomunismo de Dulles y Eisenhower.<sup>463</sup> Ro-

poder del Príncipe: “Para Maquiavelo, el objeto y, en cierto sentido, el blanco del poder, que son, por un lado, el territorio, y por el otro, sus habitantes”. De igual modo, este aspecto administrativo de la democracia moderna y del arte del gobierno tiene un objetivo común, en una cita que Foucault toma de La Perrière, el gobierno de “hombres y cosas”: “Gobernar un Estado significará, por lo tanto, aplicar la economía, organizar una economía a nivel del Estado entero, lo que implica ejercer hacia sus habitantes, y *la riqueza y el comportamiento* de cada uno y todos, una forma de vigilancia y control tan atenta como aquellas del jefe de familia sobre su hogar y sus bienes”. La tradición “*de America*” en los asuntos latinoamericanos no iba a ser la excepción de esta esfera complementaria de la transición política. Véase Foucault, “Governmentality”, en Graham Burchell *et al.* (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality (with Two Lectures by and an Interview with Michel Foucault)*, Londres, Harvester Wheatsheaf, 1991, pp. 88, 92 y 93 (cursivas mías).

462 Hoopes, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, *cit.*, nota 406, p. 175.

463 Véase Ambrose, *Eisenhower: The President, 1952-1969*, *cit.*, nota 399, pp. 186-211. Durante su carrera diplomática, la personalidad de Dulles generó opiniones controversiales. Churchill, por ejemplo, lo llamó “el único elefante que conozco que carga su propia cristalería”; y respecto a la obsesión de Dulles por dominar el centro de la escena, Churchill agregó: “El señor Dulles da un discurso cada día, sostiene una conferencia de prensa un día sí y otro no, y predica los domingos. Todo esto tiende a robar a sus declaraciones significado real”. Sir Oliver Franka, el embajador británico en Washington a principios de los cincuenta, dijo sobre Dulles: “Hace tres o cuatro siglos, cuando la Reforma y la Contrarreforma dividieron a Europa en campos de batalla, en una era de guerras de religión, no era tan raro encontrar hombres del tipo de Dulles. Como ellos, Dulles llegó a convicciones que no podían sacudirse del orden religioso y teológico. Como ellos, vio el mundo como una arena en la cual las fuerzas del bien y el mal estaban continuamente en

bert Alexander, en alguna medida en relación con los eventos anteriores y con la necesidad de entender los asuntos latinoamericanos (si bien con una intención similar a la de la intervención estadounidense), sugirió que: “La primera necesidad en la lucha contra el comunismo en América Latina es, para el pueblo y el gobierno de Estados Unidos, tomar más interés en los asuntos de los países latinoamericanos, estar mejor informados y actuar de forma clara e inteligente hacia éstos nuestros vecinos”.<sup>464</sup>

Tal vez sin tener cabal idea de que lo anterior estaba sucediendo, como también de las fisuras políticas y geográficas que se estaban iniciando vía la intervención, Washington contribuyó a crear una tradición en toda la región, pero más osadamente en América Central: al ser privados de sus libertades para imaginar su propio destino, un buen número de actores regionales descubrieron que en el antiamericanismo residía una nueva manera de afirmación nacional.

guerra”. El periodista James Reston consideró que, como la mayoría de los cruzados, Dulles poseía una “larga lista de hipocresía” expresada en la “contradicción constante” entre el “hombre moralista” y el “astuto operador político y diplomático”. Hoopes, “God and John Foster Dulles”, *Foreign Policy*, *cit.*, nota 406, p. 154.

<sup>464</sup> Robert J. Alexander, *op. cit.*, nota 445, p. 402.